

Rafael Ortiz Arango

### **Presentación**

He procurado recoger en este primer portafolio algunas de las imágenes de quienes, a pesar de mirarlos todos los días, pasaban desapercibidos en su infinita humildad. Sólo nos interesaban sus servicios.

Eran gente como nosotros, de nuestro pueblo. Muchos de ellos de nuestra propia sangre. Su único pecado, ser pobres, humildes, serviciales.

Nos daban amor sin condiciones, sólo buscaban un lugar para vivir, un bocado para su hambre y mucho calor humano, que, en su caso, lo recibían de los niños y de algunas personas de la familia que los acogía, por un trabajo de sol a sol y pocas o ninguna moneda.

Los he procurado colocar en el ambiente donde trabajaban, los escenarios donde prestaban su invaluable servicio.

De todas maneras, quiero que este portafolio sea un homenaje para ellos, casi desaparecidos, a fin de que pervivan en las hojas impresas, como memoria de otros tiempos amables, que se fueron y las gentes de hoy están dejando esfumar entre las nieblas del tiempo y el polvo de las ruinas humanas.

### **El adivino**

El paisa tradicional ha sido católico, apostólico y romano. Lo ha proclamado a todo el que lo quiera oír, pero poco es el cuidado que ha puesto a ciertas

prohibiciones y vetos que la iglesia ha estatuido; por ello, entre nosotros, quizás por la herencia indígena o tal vez por la sangre negra africana que nos ha llegado, ha florecido toda una serie de brujos (as), adivinos (as), y toda clase de ciertos o falsos poseedores de ciencias o capacidades ocultas o paranormales, quienes pretenden sanar, adivinar, maleficar, etc.

En la población tenían lugares ampliamente conocidos a donde acudían todas las clases sociales. Hoy, los así pretendidos milagreros están regados en la ciudad; por ello es difícil precisar quiénes son los visitantes que utilizan sus servicios.

Estos lugares eran antiguamente:

La Asomadera o calle de Niquitao: curanderas (os) y leedores (as) de cartas.

En la calle de los Huesos, entre la calle de La Asomadera y el Muladar (Cementerio de San Lorenzo), *Los brujos de gran poder*.

En la Plaza Cisneros, (Farmacia Pasteur y Farmacia Molina) los yerbateros, principalmente de Zaragoza y Remedios, junto con los llamados *Bajeros*, quienes venían de la parte baja del río Cauca.

En el resto de la población, en el interior de familias respetables, no faltaba, generalmente un hijo, que había vivido con los indios de Urabá, que tenía algunos conocimientos sobre las plantas y sus propiedades curativas. A estos se les consideraba aficionados, pero se los consultaba y tenía en cuenta. Los poderes de ellos, en algunos casos eran ciertos y se ponían de manifiesto, en otros era pura charlatanería.

Fuera de estos especímenes, estaban los *culebreros*, quienes circulaban por todo el departamento y trataremos aparte, y los gitanos, quienes venían por épocas espaciadas, cada vez menos, hasta que al fin, debieron notar nuestro pueblo muy productivo, pues se radicaron en la vecina población de Itagüí.

### **La aplanchadora**

Esta trabajadora visitaba semanalmente las casas donde la contrataban para trabajar. Su hora de llegada giraba alrededor de las diez de la mañana, de modo que acudían muy oportunamente para tomar la mediamañana, que le servía de desayuno caso de no haberlo tomado. Sus oficios consistían en: remojar la ropa para aplanchar, que era toda la ropa blanca –la ropa de paño la aplanchaba la señora–, y preparar las camisas y cuellos de los señores –todos los cuellos, los puños de las mangas y en ocasiones las pecheras eran aplanchadas en crudo–.

Luego venía al almuerzo y después de él, de inmediato arreglaba la mesa de planchar, con sábanas y cobijas viejas pero, aseadas, de modo que su superficie quedara blanda y permitiera alisar convenientemente la ropa. Sólo suspendía para tomar el algo y luego continuaba hasta terminar la labor alrededor de las cinco y media de la tarde, justo a tiempo de comer, antes de recibir su pago e irse para la casa.

Las aplanchadoras eran mujeres que se habían casado y al marido le iba mal o había muerto y habían quedado con varios hijos para sostener. La planchada en las casas de familia, naturalmente era una gran ayuda para sus finanzas familiares, pero hubiera sido insuficiente, si la patrona y el señor de la casa no le hubieran colaborado por fuera de lo que le pagaban por sus servicios. Muchas veces le recibían un hijo para ayudarlo a criar, educar y formar y otras, contribuían con mercados o ayudas para pagar el arriendo. Ellas salían bien de todas sus obligaciones familiares, naturalmente que con más dificultades que si el marido hubiera estado en la casa.

## **El bobo del pueblo**

Normalmente el bobo del pueblo era una persona verdaderamente digna de la caridad pública. Naturalmente que entre ellos se mimetizaban algunos vivos, quienes realmente no eran bobos sino estafadores. A estos la gente los identificaba muy bien y los ricos y poderosos les reservaban un papel igual al que se les daba en las cortes del mundo al bufón, a quien se le toleraban sus salidas de tono por la gracia con que lo hacían y de paso lo aprovechaban para divertirse y hacerles decir verdades que a los personajes les hubieran creado problemas.

Pero, los realmente bobos eran los simples, cuya inteligencia no les alcanzaba para saber distinguir sus necesidades vitales y en ocasiones, no más allá para comunicarlas. Los había pasivos totales, mansos, seres que no reaccionaban valientemente por nada, ni a las molestias que les ocasionaban los niños ni a las crueldades de los mayores. Deambulaban por las calles sin rumbo ni orientación, su conversación era muy limitada, por no decir nula, y la vacuidad de sus ojos y lerdez de sus ademanes superaba cualquier torpeza imitada.

En todas las poblaciones surgía el bobo y nunca faltaba el alma caritativa que se preocupaba de él, cuando sus familiares no lo hacían o no podían. Su ropa no era un dechado de moda o finura porque se la regalaban, pero se mantenía regularmente vestido, más o menos aseado y su aspecto, que mostraba su condición, no sumaba a ella el característico del hambre.

Este discurrir por la vida entre las nieblas de la carencia de inteligencia le evitaba angustia y sufrimiento, y cuando llegaba su muerte no faltaba, así fuera el donante o la municipalidad, una caja de madera y una misa de tercera, junto con un lugar en el suelo del Campo Santo del lugar. Nadie lo recordaba con rabia, ira o dolor. Si por casualidad su recuerdo perduraba, era a causa de que de vez en cuando su mente tenía algún chispazo oportuno o gracioso que hacía sentir idiotas a los circunstantes.

### **La cajonera**

Sus dominios eran las horas de la tarde, rara vez se las veía por las mañanas. Prácticamente, todas las familias que no hacían la parva para sus miembros en la casa, reservaban la hora de tomar el algo para cuando ella las visitaba todos los días, llevando las entrañas de su cajón, llenas de ricos productos de panadería, calienticos.

Su llegada era anunciada por unos discretos golpes en el contra portón de la casa, a los cuales, como por ensalmo mágico, seguía la gritería de los chiquillos proclamando que había llegado la cajonera. Ellos, cogían ubicación alrededor del cajón desde antes de desenvolver los manteles, que recataban las delicadas golosinas. No querían perder el aroma que expelían, concentrado por el encierro y el calor que todavía poseían.

La señora compraba lo usual: parva de sal, pandequeso, pan aliñado, bizcochos, pandeyucas, almojabanas, y luego pasaba a la parva dulce, el encanto de la chiquillería: roscas dulces, galletas de sal y mantequilla, cojincitos y lenguas; y finalmente para el señor y los demás, las panelitas de panela o de azúcar, para acompañar la mazamorra.

Finalmente, cuando ella había terminado y en el entreacto de la búsqueda del dinero para pagar, venía la rebatiña infantil por la ñapa, eterna golosina que la cajonera siempre daba al preferido de ella entre los críos de la familia.

### **La carnicería**

El consumo de carne ha dado para muchas formas de negocios, para guerras, etc., y maneras de procurársela, quienes la necesitan, que prácticamente son todos los seres humanos. De allí, que cuando vinieron los españoles, como no les gustó lo que hacían los indios con ese fin, impusieron sus propias costumbres.

Cuando se dio algo de organización a los incipientes poblados, la res que se sacrificaba para el consumo de una familia de colonos durante algún tiempo,

comenzó a venderse los domingos para muchas familias en los famosos toldos. Sacrificaban las necesarias para la población. Posteriormente, se usaron ya no los toldos, sino pequeños locales, en una calle o fuera del poblado; en los cuales, dos o tres días de la semana, se vendía carne fresca a los pobladores, aquí fue la calle de Los Huesos. Así, sucesivamente, a medida que crecía la demanda se llegó hasta lo que hoy vemos: lo único diferente de lo de antaño está en el uso de frigoríficos y cuartos fríos y en el expendio en los famosos supermercados.

Los carniceros encargados de sacrificar las reses, por cuenta de la municipalidad, entre nosotros fueron todos de un barrio adjunto al matadero, Tenche. Quizás, por su oficio, estos profesionales eran tan ligeros en el manejo del cuchillo que cobraron fama en la comunidad, no sólo para el sacrificio y manejo de la carne en las carnicerías sino que asustaban por que en cualquier circunstancia andaban armados de sus cuchillos y hasta en los bailes se ponían a pelear con tal arma. De allí salió una frase muy popular en la primera mitad del siglo XX, *Más peligroso que un baile en Tenche*.

Estos profesionales del cuchillo conformaban sus familias muy bien estructuradas socialmente y prácticamente el oficio pasaba de padres a hijos, hasta hace muy poco.

Entre las carnicerías llegó a ser la mas famosa y la que dominaba el negocio de la carne en la Feria de Ganados de Medellín la de don Ezequiel Sierra Arango, quien llegó a tener tanto dinero que financió la campaña del Doctor Mariano Ospina Pérez, para la presidencia con \$5.000.000.

## **La carpintería**

Con este nombre eran conocidos los más famosos talleres de ebanistería de la población. Desde la primera mitad del Siglo XIX, había un núcleo de ebanistas que no tenían nada que envidiar a sus homólogos de Europa, se había formado con instructores franceses traídos para la fábrica de pianos. Para prueba, los numerosos muebles que dejaron en nuestros hogares y de los cuales, algunos de ellos hoy se encuentran en museos y colecciones privadas dando un relativo servicio, limitado a la necesidad de su supervivencia.

Estas carpinterías se instalaban en ramadas grandes, en lotes amplios, donde pudieran acumular madera para secar, en antiguos depósitos de empresas, que por varias razones los habían desocupado y no habían tenido más oferente que el dueño del taller. Todos, como característica colectiva, eran locales enormes. El trabajador quedaba hundido en medio de trozas, tablones, tablas y esqueletos de muebles en ejecución. Todos, o casi todos,

manténían el piso cubierto de aserrín y desechos de madera, los cuales sólo se barrían antes de cerrar las puertas por la tarde y los fines de semana, antes de salir hasta el lunes, le prendían fuego al montón, para que al abrir la otra semana el humo no los molestara. Una de las últimas carpinterías fue la de Ricautino Córdova.

### **Las costureras**

Eran unas trabajadoras que comenzaban labores a las siete de la mañana en el taller de una modista —la más famosa, a principios del Siglo XX, era Filomena Amador—, donde laboraban desde una sola hasta más de quince. El empleo no era fijo, dependía de las temporadas de teatro, ópera, celebraciones religiosas —Navidad, Semana Santa y Procesión del Sagrado Corazón de Jesús—.

Las costureras, por regla general, habían tenido una formación con monjas, en alguna de las distintas instituciones que ellas regentaban en la ciudad, se habían casado y por alguna razón las finanzas del hogar no andaban bien y se hacía necesario el trabajo de ella.

El pago que recibían no dependía del trabajo o su calidad. Todas tenían que trabajar bien, de lo contrario no les daban empleo y cuando se dice bien, es porque debía ser cercano a insuperable, ya que todas las señoras de la población, cual más, cual menos, tenían muy buenos conocimientos de costura. El pago dependía de la clase social que frecuentara el taller. Había talleres para personal trabajador: sirvientas, obreras, etc., en los cuales se debía cobrar barato y por consiguiente el pago de las trabajadoras era menor.

Con el tiempo las incipientes fábricas de confecciones fueron absorbiendo este personal y necesitaron mucho más, pero como era una producción ordinaria, lo que llamaban de cargazón, la calidad disminuyó notablemente y la perfección de la costura sólo ahora se ha vuelto a tener en cuenta.

### **El culebrero**

Antiguamente era muy común ver en la población más de dos culebreros al mismo tiempo y a veces en la misma plaza. Como su nombre lo insinúa, era gente que andaba con por lo menos una serpiente de mínimo ochenta centímetros de largo, animal al cual, si era de familia venenosa, se le habían extraído los colmillos letales para habilitarla a las numerosas maromas con que su propietario asombraba a la posible clientela, para venderle sus menjurjes envasados, ya en frascos como líquido de variados colores, ya en cajas como unguentos para distintas enfermedades.

El culebrero tenía su acto dividido en tres partes:

La primera y más importante era llamar la atención de una posible clientela. Para ello comenzaba por anunciarlo, mientras lentamente, muy lentamente, iba desempacando la caja donde traía el ofidio. Cuando calculaba que ya tenía suficiente audiencia, terminaba la desempacada dramáticamente, por lo cual las personas más sensibles daban exclamaciones de susto y miedo, pretendía que lo había mordido el animal. Enseguida, empezaba el segundo acto, desempacaba, de alguna de las muchas cajas, pequeñas cajitas de unguento y se frotaba fuertemente. ¡Estaba curado!

Entre piropos a las *distinguidas damas* presentes y ponderaciones de las virtudes curativas de sus pócimas, iba calentando el interés de la gente y cuando notaba, por las demandas de venta, que había llegado la tercera etapa, daba inicio al suspenso del desempaque de toda la mercancía, a medida que aparecían las anunciaba y vendía, luego seguía a otra y así sucesivamente. El acto terminaba con el empaque de todo y un *matado* de ojos a sus *ganchos* para vender y a alguna morena que le había puesto más atención a su cuerpo que a sus remedios.

### **La dentrodera**

Esta persona, integrante de lo que podríamos llamar la servidumbre hogareña, generalmente había llegado a la casa muy joven, entre los numerosos niños que recogían para crianza para que no se perdieran. Entre estos, siempre había algunas niñas que se interesaban más en los quehaceres domésticos que en buscar otras posibilidades fuera de la casa. Entonces, la señora les enseñaba todos los trabajos de la casa y si demostraba habilidad para la cocina o la dentrodería, acababa por perfeccionarlas en uno de ellos y se quedaban haciendo esos trabajos hasta el fin de sus días, ya fuera con sus originales patrones o con los hijos de estos.

Caso no muy frecuente pero que siempre se daba, era el de que por alguna casualidad, dentro del limitado contacto social que tenía, encontraba la persona que le parecía adecuada para establecer un hogar. Entonces, la familia donde se había formado le ayudaba, de acuerdo con sus capacidades económicas, para hacer el ajuar; llegando en algunos casos, de gente muy rica, a darle un lote o una casa en un barrio obrero. Sin embargo, ellos, el nuevo matrimonio, seguían vinculados a los antiguos patrones, a quienes a veces llamaban padres.

Casi todas preferían quedarse en la casa sin casarse y la familia corría con todos los gastos que se le presentaran de enfermedad, entierro y en general,

le costeaban hasta el fin. Con el paso del tiempo aprendía a conocer todas las comidas preferidas de la señora, su elaboración y presentación y orientaba a la cocinera cuando era nueva.

### **La lavandera**

En las antiguas casas de Medellín, el problema de lavar la ropa sucia dependía más que nada de la cantidad de dinero que aportaba al hogar el señor de la casa. En los hogares donde las entradas eran pobres, la señora y demás familiares obligatoriamente tenían que hacer el lavado de toda la ropa, por cuanto no tenían demasiada ropa como para mandar a lavar la sucia y usar otra, por lo menos durante ocho días; además, el dinero que cobraban las lavanderas, pese a que no era una suma exorbitante, siempre les hacía falta para las numerosas obligaciones de la casa y de los hijos.

Lo anterior, circunscribía el mandar a lavar la ropa a un grupo de personas que tuviera buenas entradas, es decir a las clases alta y media alta de la sociedad. Sin embargo, aún esas casas tenían que lavar cierto tipo de ropa que no le gustaba a las señoras mandar a las lavanderas: pañuelos, medias, ropa interior y otras por el estilo, cosa que hacía la dentrodera o ella misma.

Las lavanderas procedían de varios lugares, no muy alejados de la población: en primer término las de los barrios y veredas de la población: a América, La Quebrada Arriba, Guayabal, y en general, lugares que tuvieran acceso fácil a corrientes de agua, como el río Medellín, la quebrada Iguaná, la quebrada Santa Elena, La Altavista, etc.

### **La lechera**

Siempre era una mujer, quien llegaba puntualmente con su tarro de leche con más de treinta litros sobre la cabeza, entre esta y el tarro ponía un rollo de tela, para ayudar a equilibrarlo y distribuir mejor la carga. En ocasiones, llegaba con un hijo o dos, cuando estaban en vacaciones o tenían algún problema de salud. Su porte airoso, suelta la cintura, con una mano aseguraba el tarro o caneca y en la otra llevaba una olla también con leche.

Al tocar la puerta, salíamos a abrirle para verla desfilar con su airoso andar, más de bailarina que de una trabajadora, que llevaba tamaña carga sobre la cabeza. Mientras descargaba el tarro sobre una mesa conversaba del tiempo, de las dificultades para venir temprano con la leche desde corregimientos como La América, Belén, Robledo y El Poblado.



## La loca

Entre nosotros había bastantes locos. Unos, los más, eran gente inteligente y cuerda, cuya capacidad mental escapaba a la comprensión del común de la gente. Estos no tenían motivo para ser tratados por médicos loqueros, pero los llamaban el Loco Uribe, por ejemplo. Los otros, eran débiles mentales, tarados, y otros más, cuya mente, por cualquier circunstancia, no funcionaba correctamente y no se encontraban en el asilo de locos porque no eran peligrosos o no tenía su familia dinero para internarlo en el sanatorio. Estos eran tratados con un cariño cruel por la chiquillería y caritativamente por los mayores, de entre los cuales surgían los que los vestían, alimentaban y en contadas ocasiones los acogían en sus hogares, las mujeres principalmente, con las cuales las adolescentes ensayaban los maquillajes que llegaban, sus primeros pasos en modistería, arreglándoles los vestidos obsoletos con cortes modernos y extravagantes, gracias a lo cual no tenían necesidades de vestuario, pese a las risas que despertaban sus aspectos insólitos.

Lo único que no llegué a saber jamás, era, cuando morían y dónde los sepultaban. Al ocurrir sólo se notaba con el paso del tiempo su ausencia y la falta de las griterías que armaban los chiquillos.

## La niñera

Era la persona de total confianza en la casa. Había llegado dentro de los huérfanos que recogían las antiguas familias en sus hogares, para evitar que se perdieran y formarlos, alimentarlos y vestirlos, a cambio de lo cual se les pedía que colaboraran en los oficios domésticos.

Seguramente había sido compañera de crianza de la madre o el padre y se había quedado en la casa haciendo oficios en todo cuanto se presentara: cocina, dentrodería, mandados, etc.

Cuando el señor o la señora, su hermano (a) de crianza se casaban, ella se instalaba en el nuevo hogar como persona de confianza y era la encargada de manejar el servicio doméstico, cuidando que se cumplieran las órdenes de los amos.

Con la llegada de los hijos, se dedicaba a ellos, como si fueran suyos, hasta que se iban de la casa. Entonces, ella seguía haciendo oficios livianos: abriendo la puerta de la calle, mandados, razones, etc.

A su muerte, todos los miembros de la familia sufrían la pena de su pérdida como la del miembro más querido de la familia, muchas veces más, que la de los mismos abuelos o padres.

## **Las panaderas y las panaderías**

En Antioquia, las panaderas han sido famosas gracias a la calidad de los productos por ellas elaborados. También, ha habido pueblos donde la mayoría de las mujeres son más que buenas panaderas, excelentes y ello lo atribuyen, con esa simpleza característica de nuestras gentes, a que ellas tienen buena mano para amasar. Santa Rosa de Osos ha sido considerada la población que mejores panaderas ha dado entre los distintos pueblos de todo el departamento.

En Medellín, fue precisamente una santarrosana la que fundó una panadería que llegó rápidamente a ser famosa y aún, pese a lo desmeritado de sus productos, hoy sigue teniendo fama, La Panadería Palacio o como antiguamente decían la panadería de la santarrosana. Teresa Palacio hizo famosas las roscas de anís, de pandequeso, las almojabanas, el pan aliñado y los palitos dulces.

Hubo también otra panadería que tuvo inmensa fama por lo que sus propietarios, unos señores Lalinde, quienes dieron su apellido a la panadería, Hacían pan y biscocho de yemas. Fueron tan famosos estos productos, que les dio a sus propietarios con que costear campañas revolucionarias a nombre de un partido de extrema izquierda, mientras sus amasadoras y horneras, tenían que hacer huelga, para poder que les mejoraran sus salarios, verdaderamente de hambre.

Pero la panadería que tuvo más fama y ribetes de sainete fue la de una señora viuda de un señor Pizas, quien se instaló en la casa que ocupaba la esquina nororiental del cruce de Carabobo y la entonces quebrada de Santa Elena. Fueron tan buenos sus productos y tantos los escándalos de su vida privada con un sacerdote de nombre Miguel Palacio, loco y suspendido por la curia, que le dieron nombre al famoso puente de Las Pizas.

## **El párroco, el coadjutor y el monaguillo**

En toda población de Antioquia, principalmente las de clima templado y frío, la religión era lo más importante en la vida del ser humano, ello se traducía en el poder religioso, político y social y hasta familiar que detentaban los párrocos.

Cuando el párroco hablaba quitaba y ponía alcaldes, hacía o deshacía matrimonios, prestigios, etc.; por esta razón, la inmensa mayoría de ellos procuraban ser ponderados en su hablar, tanto en privado como en público.

Era el líder político indiscutido y en el pueblo, en general, no se hacía o decía nada que él no controlara. Esto le gastaba tiempo y por ello el coadjutor era quien hacía cumplir sus órdenes, organizaba las fiestas y las misiones, manejaba las asociaciones y las sociedades religiosas, aplicaba los óleos a los moribundos y efectuaba los entierros de tercera, pues los de primera tenían que ser mínimo de dos sacerdotes.

Aunque en los pueblos para cada parroquia existía un sacristán, éste, normalmente, era barrendero, mandadero y muy ocasionalmente ayudaba en los oficios religiosos, este oficio lo desempeñaba el monaguillo. Decir monaguillo es nombrar un muchacho de entre ocho y catorce años con múltiples cuerpos y caras, pues monaguillos, en un pueblo, eran todos los muchachos a quienes el párroco o el coadjutor aceptara para desempeñar los oficios de tal: ayudar a misa, acompañar al sacerdote a llevar el Santísimo, los óleos y la extremaunción, cargar los ciriales en las procesiones y los entierros, además de ayudar en las ceremonias de la Semana Santa. Todo un personaje dados los oficios que tenía a su cargo. Muchos de estos monaguillos se convirtieron luego en seminaristas y posteriormente en sacerdotes, algunos de los cuales escalaron los más altos puestos de la jerarquía.

## El pesebre

Uno de los más dulces recuerdos que atesora el alma de todos los antioqueños es el del pesebre navideño. Fundado por San Francisco de Asís, llegó a nuestras tierras con los monjes y religiosos españoles y se quedó, principalmente en Antioquia, incrustándose en el alma del pueblo como elemento fundamental de la Fe Cristiana y una de las épocas maravillosas de la niñez, la infancia y de toda la vida, por razones, en cada etapa, muy importantes.

Cuando llegaba la época navideña, la madre y el padre, cada cual por su lado, comenzaban a concientizar a los hijos para la *hechura del pesebre* y todo cuanto se hacía para él de acuerdo con lo que representaba.

El padre, cualquier domingo de principios de diciembre, llevaba a los hijos al monte a buscar el musgo, los cardos y los claveles del aire y otras parásitas para decorar el pesebre. Lo más importante era la ambientación del portal de Belén. Por ello se hacía acopio de ramas y pedazos de madera con los cuales se simulaba un pequeño rancho. Luego, se hacían los prados, se ponían los animales, principalmente el asno y la vaca, para lo cual se guardaba dinero a fin de comprarlos *de los más finos*, ojalá en porcelana o quiteño, lo mismo el Niño, la Virgen y San José.

El pesebre debía estar terminado para el 16 de diciembre, a fin de rezar frente a él, la novena al niño, a la cual se invitaban los vecinos, si era que se hacía fiesta: comida excelente o matada de marrano con abundante aguar-diente. Cuando esto ocurría, nueve vecinos imponían el rezo de cada día de la novena, en sus correspondientes casas, de modo que eran nueve fiestas de gran alegría y regocijo.

Pese al modernismo y la tendencia de nuestras gentes, el pesebre ha sobrevivido y sigue alegrando las festividades navideñas.

## **El policía**

Antiguamente, el policía en la población era el amigo de todo el mundo. La única Policía que había entonces era la municipal, conformada por personal del mismo pueblo y se procuraba que el vigilante del barrio fuera del mismo, para facilitar así esa compenetración que existía entre el vigilante y los que debía guardar.

La policía entonces era verdaderamente humana, era nuestra misma carne, y así lo sentíamos, principalmente cuando ya mayores, por las noches, los veíamos haciendo maniobras con la sirvienta de una casa cualquiera del barrio a la sombra de un zaguán, cosa de todos los días.

## **La sastrería**

Cuando no había fábricas de ropa para hombre, mujer, niños y gordos, toda se cortaba y cosía. Como no había la famosa máquina de manubrio Wilson o de pedal Singer, se hacían a mano, puntada tras puntada. La ropa para hombre era hecha por los sastres y cuando las señoras iban a mandar a confeccionar un vestido estilo sastre o un abrigo, recurrían a ellos.

Las sastrerías eran un lugar de tertulia casi siempre para tomar trago, razón por la cual, el sastre madrugaba a hacer el trabajo más delicado antes que llegara la gente, cuando llegaban los demás, hacía la obra menos delicada como la costura de las hombreras, las entretelas, etc.

Los sastres, tanto como los zapateros, tenían mala fama, casi en su totalidad, pues en las épocas de escasez de trabajo, cuando llegaba un cliente con uno, dos o más cortes para coser, ellos fijaban un plazo muy amplio para la medida del vestido. Plazo que alegaban se debía a la cantidad de trabajo que tenían pendiente. En realidad, apenas salía de la sastrería el cliente, le decían al mandadero –vea Juan, llévelo a la prendería de Jorge, que me preste cualquier cosa para que podamos beber esta tarde.

## La sirvienta

Hoy conocida como empleada doméstica y en el futuro ingeniera de alimentos. Se trataba de una mujer que había ingresado al hogar donde laboraba como ayudante de la antigua sirvienta o de la dentrodera, venía de un pueblo lejano y la recibían con un pago exiguo y el compromiso de alimentarla, darle alguna educación, vestirla y cuando se quisiera casar ayudarle a hacer su ajuar.

La señora de la casa debía enseñarle los gustos de la casa en cuanto a comidas, lo cual hacía ayudada por el resto del personal, el cual usualmente había formado por ella.

Al hacerse al grupo familiar, la sirvienta en muchas ocasiones, se quedaba el resto de la vida, hasta la muerte, querida por todos los hijos a los cuales ella había alcahueteado sus preferencias en ciertas comidas, a espaldas de la señora y muchos otros de la casa.

## Las solteronas

En toda comunidad, como las que había en Antioquia, cuando el departamento era un paraíso, aislado del resto del mundo y de sus desordenes, se presentan mujeres que por feos y gracias al acatamiento estricto de las restricciones de sexo obligatorias, para los católicos, se iban volviendo amargadas por su frustración como posibles madres, esposas y en general mujeres completas, en el sentido animal.

Lo anterior tendía a buscar algún desahogo, alguna válvula de escape a todas esas energías reprimidas: unas, se dedicaban a ser las madres adoptivas de sus sobrinos y dejaban un grato recuerdo entre la comunidad, principalmente en la familia. Pero, cuando la familia no les aguantaba *sus berrinches*, es decir sus rabietas histéricas, se amargaban a grado tal que solo en los rezos religiosos y la chismografía encontraban solaz a su frustración.

No recuerdo bien, si fue Latorre Mendoza o Gónima, ambos cronistas insignes de Medellín, quien relata de tres solteronas, que vivían en el tradicional barrio de San Benito, quienes se turnaban religiosamente en los postigos y rendijas de las ventanas, papel y lápiz en mano, para anotar desde las horas de entrada y salida de sus vecinos hasta las suposiciones que ellas hacían a causa de su caminar, que unas veces les parecía de borracho, otras demasiado acelerado para ser normal, etc., y no se diga de los informes que anotaban de las mujeres a las cuales les atribuían todos los pecados del decálogo más los que ellas inventaban.

## El sombrero

La mujer antioqueña ha dejado casi totalmente de usar el sombrero. Debemos pensar que ello se debe más a factores económicos y sexuales, es decir por su equiparamiento laboral con el hombre, que a factores de origen práctico, pues cuando lo usaba era un complemento perfecto para el glamour y la elegancia femenina, amén de que las famosas pavas pamelas constituyen un elemento defensivo contra los rayos solares, los cuales en nuestra zona son mucho más fuertes que en Europa, Norteamérica, etc.

Los sombreros, como los muchachitos que nacían, venían de París. Siempre llegaban los sobrados de las modas estacionarias, con sus correspondientes *revistas*, les decían los vendedores, catálogos ya pasados de moda en la realidad. Quienes los traían cobraban dichos complementos del vestido al precio normal de estación en el lugar de origen, ganándose la rebajona, más el porcentaje que siempre recargaban, más... Esto ocurrió hasta cuando llegó a la población un alemán cuyo apellido recuerdo era Kant, como el del filósofo, pero que de filósofo no tenía nada.

Estableció su taller en un local ubicado en la esquina sur-occidental del cruce de Maturín con Palacé, lugar muy aristocrático por ese entonces. Como distintivo coronó la esquina con un gigantesco sombrero de latón, el cual se volvió el perfecto atractivo para las piedras de los niños y muchachos y la llave que abría un torrente de insultos y protestas del alemán, que a todos hacía sonreír. Inicialmente consiguió varios ayudantes y les enseñó el manejo de las campanas, que así llamaban las piezas cónicas de fieltro, que traían del exterior, para modelar en unas especies de hormas de madera, resistentes a la humedad, pues las campanas había que mojarlas en agua hirviendo y así húmedas conformar la forma deseada.

Los aprendices pronto le pusieron competencia y el negocio se generalizó y lentamente fue a parar a manos femeninas, de modo que cuando desaparecieron los sombreros de nuestras sombrererías ya el negocio era totalmente femenino.

## La verdulera

Todo el mundo del centro de la población, es decir, quienes no eran de Guayaquil, temía las peleas de verduleras, sin embargo esas peleas no surgían sino cuando por algún motivo ellas se sentían atropelladas ya fuera moral, física o pecuniariamente. Eran personas sumamente honradas y tengo por qué recordarlo, pues cuando apenas tenía unos cuatro o cinco años de vida y mi madre iba a la plaza de Cisneros a comprar el mercado, me dejaba al cuidado

de la verdulera, María Cayaño, a quien ella le compraba todo lo del ramo, mientras hacía las demás compras de granos, carnes, etc. Ella, María, mientras me estaba cuidando atendía lo propio de su negocio y nunca dejaba de ponerme cuidado y hasta alguna golosina me daba. En todo el tiempo que me dejaron al cuidado de ella, que fueron varios años, yo podía presenciar el desarrollo de sus actividades y jamás aprecié nada que me perturbara, como robar en la medida, etc.; en cambio, posteriormente, ya adulto, cuando ocasionalmente tenía que ir de compras a la plaza y ella ya no estaba, veía a otras verduleras, en las mismas actividades y con las mismas actitudes. Ellas eran las proveedoras de la cebolla, los tomates, las habichuelas, los ajos, los rábanos, los ajíes, las berenjenas, y todo cuanto de legumbres se tratara e infaltablemente, al final de las compras y cuando ya les habían pagado, daban la encima, un manojo de cilantro o de apio, al gusto del cliente.

### **El voceador de prensa**

A principios del Siglo XX, la prensa no se vendía por medio de voceadores, se entregaba directamente en la casa a los suscriptores y se ponía a la venta en dos o tres almacenes y en las oficinas de los periódicos. Esto explica por qué se quebraban tantas empresas periodísticas. En parte, pues, según mis investigaciones, la causa principal era la ardentía de las luchas políticas que identificaba a cada periódico con el partido cuyas ideas pregonaba y por extensión a los que los vendían; estos sufrían, en los momentos más difíciles de la vida política, arrestos y pérdida de lo que habían invertido en los periódicos para vender.

Los primeros, que con su ejemplo estimularon la creación de los voceadores fueron don Julio Hernández y Fernando Gómez Martínez, quienes para impulsar las ventas del periódico *El Colombiano*, tomaron paquetes de sus diarios bajo el brazo, caminaron la cuadra que separaba al periódico del atrio de La Candelaria y allí los vocearon a la salida de cada edición y vendieron los ejemplares a quienes se los solicitaban. Posteriormente y ya organizados los voceadores, no sé si por iniciativa propia o estimulados por alguien, estos comenzaron a vender por suscripción del cliente con ellos y cobraban semanalmente, los sábados, el valor de lo entregado. Más adelante, ya se normalizó la venta con voceadores no sólo de *El Colombiano*, sino también de *El Diario de Colombia*, *El Herald de Antioquia*, *El Diario*, *La Defensa*, apodado por todos con el sobrenombre de *La Chana*, y como no, *El Bateo*, periódico de combate político totalmente ilustrado con caricaturas y, prácticamente, todos sus artículos de fondo, hechos en versos tan pegajosos que la gente los recitaba en las sesiones del Cabildo, la Asamblea y las manifestaciones.

## El yerbatero

Personaje singular, si es que los hay. Se trataba de un ser que no había cursado estudios de ninguna clase, pues la mayoría no sabía ni leer, ni escribir. Sin embargo, la sabiduría asimilada dentro de su inteligencia era verdaderamente maravillosa y su única explicación es que dentro de nuestra gente la herencia de aquello que hace bien en alguna forma, perdura de boca a boca o de lo contrario....

Siempre se lo encontraba en lugares fijos y de acuerdo con su especialidad. Los brujos, aquellos que trabajaban con magia negra, moraban al pie del Muladar, el patio del cementerio de San Lorenzo donde enterraban los suicidas, los que eran ateos o aquellos de quienes no se sabía que creencia tenían. En la calle de la Asomadera vivían quienes echaban las cartas, adivinaban y tenían algunos conocimientos de curandería. En la Plaza de Cisneros, en la Farmacia Pasteur y en la Farmacia Molina, se hacían aquellos que tenían una inmensa sabiduría en el uso de las plantas y los minerales. Además, estos personajes no descuidaban el uso de cualquier tipo de magia, para cuando fuera necesario.

## La zapatería

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que las zapaterías y todo lo que ellas representan aún, pero más durante los primeros ochenta años del siglo XX, se debe a un zapatero que vino de Cali y se estableció en lo que a causa de él se llamó la Barranca del Caleño, antiguamente calle de San Félix entre Maturín y San Juan, hoy Avenida Oriental.

Cuando él llegó nadie sabía de cueros. Los zapatos que se hacían quedaban en el primer aguacero que les tocara, verdaderos tormentos para quienes los llevaban, debido a que los hacían con carnaza por lo cual no duraban gran cosa.

El caleño sabía todo cuanto había que saber en su oficio: desde hacer un zapato fino, dócil al pie y duradero hasta como se debía *remontar* para que no perdiera su forma y durara. A su lado se hicieron, como ayudantes, numerosos zapateros, quienes, apenas conocían bien el oficio, ponían su zapatería al pie del taller del caleño.